

Objetividad y ética en el pensamiento de Hilary Putnam

PABLO JOSÉ GUERRERO CADAVID*

El capítulo “Objectivity without Objects” de la obra de Hilary Putnam *Ethics without Ontology* ofrece un enfoque diferente a la dificultad epistemológica que presenta la relación lenguaje–realidad cuando se habla sobre ética. Dicha relación se hace problemática para Putnam porque a lo largo de la historia de la filosofía moderna y contemporánea se han mantenido supuestos a los que Putnam se refiere como “metafísicos” que han impedido que el tema de la ética se trate como un área del conocimiento que goza de reglas *objetivas*¹ mediante las cuales se pueda probar la verdad y validez de los enunciados éticos que se formulan tanto en los ámbitos cotidianos, prácticos y teóricos de la vida humana. Este hecho ha llevado a una buena parte de los filósofos modernos y contemporáneos a pensar que el único ámbito en el que se puede hablar con seguridad *objetiva* es el de las ciencias exactas.

Así pues, el propósito de Putnam en este capítulo (al igual que en las demás obras que se mencionarán en estas páginas) es demostrar que muchos de los conocimientos (específicamente los de la lógica y la matemática) considerados por nosotros como *objetivos*, se escapan a la noción “platónico–metafísica” de la realidad sobre la que la tradición filosófica moderna ha desarrollado el concepto *objetividad*.

Antes de dar inicio al proyecto que se ha esbozado arriba, Putnam menciona dos interpretaciones (diametralmente opuestas) de la concepción que aparece en el “segundo Wittgenstein” sobre la relación lenguaje–realidad, con el fin de aclarar su posición frente a la problemática que se dispone a tratar. Los casos son: (1) Sabina Lovibond (realista): la filosofía del lenguaje de Wittgenstein excluye cualquier papel que pueda tener la metafísica en la descripción de la realidad y

* Filosofía · Departamento de Filosofía · Universidad de los Andes; p-guerre@uniandes.edu.co

¹ En este caso escribo esta palabra en cursivas para diferenciar el concepto de objetividad metafísica del que maneja Putnam con miras a su aplicación en el ámbito de la ética (que escribiré normalmente).

por lo tanto toda afirmación verdadera (incluidas las de la matemática y la ética) es aquella que describe correctamente la realidad; (2) Simon Blackburn (antirrealista): Wittgenstein mantiene y enfatiza la diferencia que existe entre los distintos juegos de lenguaje porque cree que, a pesar de las similitudes lingüísticas que puedan tener entre sí, existe una profunda diferencia entre sus funciones (usos). Por esto no se puede afirmar que Wittgenstein piense que el lenguaje matemático y ético describan una única realidad, lo cual lo hace un antirrealista.

Frente a estas dos posiciones, Putnam coincide con Blackburn, excepto en la conclusión antirrealista a la que llega, ya que considera que el pensamiento ético y matemático son formas de pensamiento gobernadas y dirigidas por normas de verdad y validez, aunque no por esto esté dispuesto a conceder la existencia (sea “natural” o “sobrenatural”) de entidades éticas o matemáticas que son descritas en el lenguaje de la ética o la matemática.

Objectivity without Objects: The case of Logic

¿A qué se refieren los enunciados de la lógica? Esta es la pregunta que guía la compleja y, en casos, técnica argumentación que aquí hace Putnam para expresar una idea que puede sorprender por su simplicidad: pensar que lo que hace de la lógica un área de conocimiento *objetivo* es un grupo de objetos suprasensibles, descritos de manera acertada por enunciados y argumentos lógicamente válidos o lógicamente verdaderos, es un error metafísico del cual no se puede extraer ningún conocimiento que justifique la lógica que ya conocemos y que (con o sin objetos suprasensibles) se considere objetiva y verdadera.²

Putnam defiende esta idea desde tres argumentos de los cuales obviaré uno debido a mi falta de bases en el área de la filosofía de las matemáticas y de la lógica.³ Respecto de los otros dos argumentos, Putnam se acerca al caso de la verdad y la validez en lógica desde la perspectiva formal y de los contenidos, si se quiere, empíricos.

El primer caso consiste en que cuando decimos de un enunciado, en el que se usan conectores lógicos, que es válido o inválido, verdadero o falso, no lo hacemos en virtud de que en él se encuentre una descripción correcta de la manera como dichos conectores lógicos funcionan en la dimensión lógica (distinta de la nuestra) en la que de hecho existen. Esto sería una creencia metafísica. En el segundo caso el argumento es aún más simple, éste es que los enunciados a los que se les otorga cierto valor lógico (válido, inválido, etc.) no lo obtienen en virtud de que los objetos empíricos a los que se refieren sean o no, se relacionen o no tal como

² Para este asunto véase: Hilary Putnam, *Ethics without Ontology*, Cambridge, Harvard University Press, 2004, p. 60. Las características que allí señala Putnam sobre aquello que los filósofos de la ciencia llaman una *seudo-explicación*.

³ Sobre este argumento véase: *Ibid.*, pp. 57–59.

lo dice el enunciado en cuestión, ya que el valor de un enunciado no depende de la existencia de los objetos o hechos a los que se refiere.

Un ejemplo de esto es la lógica modal que se rige en virtud de lo posible y necesario en mundos posibles distintos del que nos es dado. Lo que Putnam considera que se hace al calificar un enunciado como lógicamente válido es reconocer que siguiendo los parámetros establecidos y aceptados para la investigación lógica se puede y se debe, si queremos ser consecuentes con lo que creemos cierto, concederle tal o cual determinado valor a tal o cual enunciado (hable de lo que hable). Dichos parámetros se aplican exclusivamente a los enunciados que caben bajo la investigación de la lógica, ya que fueron pensados desde ésta y no desde el lenguaje cotidiano, el cual la mayoría de las veces (sino todas) no tiene en cuenta las reglas de la lógica (a cambio de las cuales sigue parámetros distintos de coherencia, verdad y validez) y aún así es comprensible y logra dar descripciones acertadas sobre estados de cosas.⁴

Conceptual Truth

El caso de objetividad sin objetos en la lógica deja una gran incógnita por resolver, ya que la común concepción de la verdad que se maneja, creo, en todos los ámbitos del conocimiento y del lenguaje indica que verdad sólo hay una, y que es posible conocerla siguiendo correctamente las leyes de la lógica, ya que son éstas las que logran captar *verdaderamente* la manera como la *realidad* está estructurada y funciona.

Frente a esta incertidumbre Putnam profundiza en el caso de la lógica y de la ciencia en general para probar que, en la mayoría de los casos, lo que pensamos que es una verdad profundamente enraizada en la más real de las realidades no es sino una construcción conceptual excepcionalmente efectiva para la obtención de avances científicos, teóricos y prácticos.

Putnam propone como criterio de verdad lo que él llama *verdades conceptuales*. Este concepto se separa de lo que en su momento Quine atacó por sus connotaciones metafísicas, ya que a lo que Putnam se refiere con el término *verdad conceptual* no son los juicios sintéticos a priori de Kant, sino enunciados (como los axiomas de la lógica de cuantificadores) cuya negación carece de sentido según el cuerpo teórico en el que se apoya su análisis.

Putnam toma prestado el concepto *verdad conceptual* de las corrientes filosóficas del hegelianismo y del pragmatismo de principios del siglo XX. Según éstas un enunciado es verdadero, válido u objetivo en virtud de la interpretación que se hace de él, no de aquello a lo que se refiere; interpretación que se apoya

⁴ *There are standards that logically valid inferences have to meet... But those are not the standards that apply to what we ordinarily call "descriptions"... Logic is neither a description of non-natural relations between transcendent "objects" nor a description ordinary empirical properties of empirical objects. Ibid., p. 59.*

en un cuerpo teórico aceptado tácita o explícitamente como adecuado para determinados fines (por ejemplo los axiomas de la lógica o los derechos humanos). Putnam considera que este concepto es más fecundo para la fundamentación de la objetividad en la ética, porque borra la distinción quineana según la cual todos los enunciados objetivos son o analíticos (verdaderos en virtud de los conceptos que se emplean en ellos) o descriptivos (verdaderos en virtud de que pueden ser verificados porque describen acertadamente un estado de cosas empíricas). Según esta distinción los enunciados de la ética carecen de objetividad porque se refieren a las condiciones subjetivas pertenecientes a aquel que los emite, por lo que no pueden ser verificados según un análisis conceptual o un contraste empírico. De este modo, los enunciados analíticos, descriptivos, éticos y muchos otros quedan subsumidos en pie de igualdad objetiva bajo el concepto más abarcante de verdad conceptual.

Hacer de los enunciados de cualquier área del conocimiento algo corregible es otro aspecto importante que se sigue de la *verdad conceptual* como interpretación. Ya que por el hecho de que un enunciado como “hay una mayor responsabilidad ética en la violación de los derechos humanos que en su cabal cumplimiento” no tenga sentido hoy en día, no quiere decir que en un futuro cercano o lejano se revise y reinterprete el cuerpo teórico y conceptual por el cual los derechos humanos son verdades actualmente inamovibles, llegando así a la conclusión de que no tienen ningún valor práctico ni teórico para los fines de la sociedad de entonces, razón por la cual se propusiera su sustitución por un cuerpo legislativo más adecuado.⁵

Sobre la *verdad conceptual* aún hay que hacer una aclaración importante, ya que según lo dicho, parecería que Putnam estuviera tomando una perspectiva hermenéutica de la realidad, según la cual, el único modo de conocimiento que le es permitido al ser humano es la interpretación, y por lo tanto hablar de *hechos de la realidad* carece de sentido cognitivo. Cuando Putnam dice que hablar de *verdad conceptual* como interpretación posee mayor valor que el sentido positivista de la verdad de Quine, no está reduciendo la actividad cognitiva a la interpretación. Para Putnam existe un sentido positivo de la realidad en cuanto hay una realidad independiente con la cual nuestra actividad mental, cognitiva y lingüística puede relacionarse sin mayor inconveniente (sea mediante el lenguaje o la representación mental de la imaginación, el recuerdo o la percepción). Putnam incorpora a su discurso la

⁵ Una cualidad adicional que surge a partir de la corregibilidad del conocimiento es la posibilidad de que las distinciones que creó la tradición filosófica, y que se han venido transformando en dicotomías rígidas, vuelvan a adquirir la flexibilidad que tuvieron en un principio, es decir, que vuelvan a concebirse como herramientas conceptuales que pueden ser útiles de caso en caso, pero que no son un retrato fiel de la *real realidad*. Un caso de esto se ve al tomar en consideración el hecho de que Putnam hace parte de un grupo de eminentes neoaristotélicos norteamericanos que se oponen a la dicotomía hecho / valor, y que fue el mismo Aristóteles el que dio inicio a dicha dicotomía al separar la física, la metafísica y la biología de la ética y la política.

verdad conceptual como una herramienta metodológica que da igual valor cognitivo a los enunciados de la ciencia y de la ética, porque según él todas las preguntas metodológicas o directivas de las que parte una investigación, se formulan a partir de lo que en el momento tiene sentido e interés para los investigadores.⁶ Éstas les son dadas a partir de un marco conceptual que los investigadores han aceptado con anterioridad y que se mantiene o se desecha según los resultados obtenidos en la actividad investigativa. Así, la *verdad conceptual* que reviste un cuerpo teórico dado (sea la física newtoniana o una ética terrorista) se mantiene verdadera sólo en virtud de los conocimientos a los que se llegue en la práctica; pero para obtener resultados la práctica no tiene porqué reducirse al marco conceptual del que surge.⁷ Esta manera de entender la interpretación hace que Putnam prefiera la etiqueta de pragmatista que de hermeneuta.

The Limits of Conceptual Truth as an Explanation

La *verdad conceptual* no agota lo que podemos entender o conocer como verdadero y objetivo. Ella es sólo el caso específico de las directrices metodológicas a partir de las que conocemos y valoramos; caso que, sobra decir, es de suma importancia para la objetividad de la ética. Otro caso que es importante resaltar es el de la experiencia práctica o, como la llama Putnam, la explicación.

Putnam sabe muy bien que tener como único criterio de valoración los cuerpos teóricos vigentes estancaría la investigación científica y ética en lo que, creo, sería cierto tipo de “innatismo cultural”, ya que algunos principios de los cuerpos teóricos sobre los que se valoran hechos y enunciados normalmente se difunden en todos los estratos de la sociedad y pasan a hacer parte de lo que se suele llamar el “sentido común”. Así pues, Putnam enfatiza el hecho de que en ciertos casos en los que un individuo tiene un manejo propio de los principios de tal cuerpo teórico (sea de la lógica clásica o del álgebra lineal), puede darse el caso de que a primera vista juzgue un problema como aporético o que es imposible probar su valor; pero al sentarse a desarrollarlo, experimenta que dicho problema sí tiene solución. Esta experiencia le muestra al sujeto que existe un principio, parámetro o regla que no conocía y que le da a la teoría en cuestión más coherencia y validez, o que a partir de esta experiencia se puede desarrollar una teoría innovadora con respecto a las ya existentes.

Este tipo de conocimiento experimental–experiencial cuando se aprende no involucra la comparación de lo aprendido con entidades metafísicas o “estructuras

⁶ Nótese, a pesar de todo, que las similitudes metodológicas del interés por la interpretación coinciden casi explícitamente con la exégesis de la pregunta por el sentido de *ser* que hace Heidegger en la introducción a *Ser y Tiempo*.

⁷ [M]y conception (de verdad conceptual) regards it as a fact of great methodological (...) significance, a matter of how inquiry is structured, that there are assertions whose negations make no sense if taken as serious assertions. Hilary Putnam, *Op. cit.*, p. 63.

lógicas del mundo”, sino que es verdadero porque hace parte de la solución práctica a un problema que se creía sin solución. Lo anterior vale para la lógica, la matemática, la física, incluso para la ética, la pedagogía, la terapia ocupacional y toda otra disciplina bien sea teórica o práctica en la que sea posible enfrentarse problemas cuya solución no esté dada por el cuerpo teórico sobre el que uno se apoya normalmente.⁸

Methodological Value Judgments⁹

Putnam llama la atención sobre un tipo específico de juicios valorativos. Estos se emplean para seleccionar las teorías que se cree funcionarán o rendirán mayores y mejores resultados. Este tipo de juicios valorativos se emiten sobre la base de lo que Putnam llama “valores epistémicos” (entre otros coherencia, simplicidad, plausibilidad y belleza de una teoría), siguiendo la idea del pragmatismo norteamericano clásico según la cual *el valor y la normatividad permean la totalidad de la experiencia*.¹⁰

Según lo anterior, si no se quiere incurrir en razonamientos metafísicos para explicar las razones por las que los científicos prefieren ciertas formulaciones teóricas a otras, se debe aceptar que en la ciencia se hacen razonamientos similares a los que se hacen en el pensamiento ético cuando se emplean “conceptos éticos densos” como “cruel”, “caritativo”, etc., en un juicio de valor ético. Putnam describe este tipo de razonamiento como “extremadamente complejo”, probablemente por las mismas razones que han llevado a muchos filósofos a pensar que los juicios de valor no pueden ser objetivos: porque cuando se hace una valoración sobre algo (sea lo que sea), no se puede reconstruir lógicamente el razonamiento que llevó a tal valoración, sin embargo se sabe que ésta es cierta, y que aquél o aquéllos a los que se la comunicó la comprendieron y también la

⁸ A propósito de estos dos criterios de valoración (verdad conceptual y la explicación) aplicados a la ética es importante recordar los tres puntos que da Dewey y que expone Putnam como respuesta a la pregunta “¿De acuerdo a qué criterios decidimos que algunas valoraciones están justificadas y que otras no lo están?”, que se pueden resumir de la siguiente manera:

1) Al iniciar una investigación estamos dotados de ciertos presupuestos teóricos que no cuestionamos en ese momento pero que, aún así, son susceptibles a un eventual cuestionamiento.

2) El punto de vista de la filosofía, aunque puede brindar útiles herramientas críticas y metodológicas a la investigación, no es el único criterio de valoración posible.

3) No se debe pensar que existen procedimientos metódicos rígidos que sólo se pueden aplicar a un área de conocimiento. Sin olvidar lo aprendido en investigaciones pasadas, se debe estar siempre dispuesto a emplear nuevos procedimientos metodológicos de manera interdisciplinaria.

Cf. Hilary Putnam, *El desplome de la dicotomía hecho–valor y otros ensayos*, Barcelona, Paidós, 2004. p. 124–126.

⁹ Aquí omito la sección del capítulo titulada “Mathematical Truth” (p. 65–67), ya que considero que en ésta se repiten los argumentos de las dos secciones anteriores, sólo que aplicados al caso de las matemáticas.

¹⁰ Hilary Putnam, *El desplome de la dicotomía hecho–valor y otros ensayos*, Op. Cit., p. 45.

toman como verdadera. La comunicabilidad y comprensión de los juicios de valor nos indican que gozan de cierta *objetividad*, aunque ésta no concuerde con la objetividad comprendida como descripción empírica de un estado de cosas.

Por esta razón, Putnam ofrece una interpretación alternativa de la manera como se usan adecuadamente los valores éticos y epistémicos: la actividad científica, como la ética y el resto de la vida, consiste en una constante toma de decisiones sobre la acción que se debe seguir individual o colectivamente, decisiones tomadas según los intereses del caso que no dependen de un ámbito metafísico sino de necesidades que se juzgan valorativamente según su urgencia. Los valores que se utilizan en estos juicios no se aprenden a usar porque describan alguna propiedad que se pueda cuantificar o medir según cifras, sino que su gravedad o importancia se estima según el marco conceptual que se maneja en un caso determinado (puede ser ante un problema técnico, teórico, ético o tan cotidiano como escoger dónde almorzar).

Dicho marco conceptual no se da de una vez por todas por la tradición o cultura en la que uno se forma al modo de un manual técnico que se consulta cada vez que fuera necesario tomar una decisión. El “bagaje conceptual” desde el que se determina qué es más importante para cada uno va ganando determinaciones a medida que el proceso de formación (lo que en capítulos anteriores Putnam llamó “florecimiento humano”¹¹ siguiendo la ética aristotélica) progresa tanto en el ámbito teórico como en el práctico, tanto en el individual como en el colectivo. De modo que el conocimiento sobre el manejo de los valores se obtiene sin saber cuándo y no se puede (y no se debe, si se quiere evitar el autoritarismo y el dogmatismo) racionalizar o formalizar en una normatividad fija, sin embargo se emplea con la total convicción y seguridad de que aquello que se está expresando en un juicio de valor es totalmente comprensible y correcto, lo que es aún más importante cuando se trata de tomar decisiones que parten de un juicio de valor.

De esta manera, y mediante los conceptos *verdad conceptual* y *explicación*, entre otros, Putnam pretende demostrar que el concepto *objetividad*, que han manejado los filósofos morales y de la ciencia desde el siglo XVII, es demasiado estrecho para captar la riqueza del lenguaje que empleamos, ya sea hablando con un amigo, redactando un ensayo, valorando algún suceso de actualidad nacional (e internacional) o anotando los resultados de un experimento que forma parte de una investigación que pretende probar la existencia de una partícula subatómica desconocida hasta el momento.

Ahora bien, frente a todo lo anterior podría decirse: “todo esto suena muy convincente, pero desde el inicio fue claro que Putnam no rechaza del todo la noción de *realidad*. A pesar de sus múltiples ataques a la metafísica de los filósofos analíticos, Putnam cree en algo como la *realidad* pero ¿qué es? ¿A qué se refiere

¹¹ Véase: Hilary Putnam, *Ethics without Ontology*, Cambridge, Harvard University Press, 2004, pp. 26, 27.

si pretende escapar a los extremos de la metafísica platónica y del relativismo cultural?” Esta pregunta recoge asuntos fundamentales de los libros *El desplome de la dicotomía hecho valor y otros ensayos* y *La trenza de tres cabos. La mente, el cuerpo, el mundo*. Su posible respuesta se ha dejado entrever en el mencionado y confuso concepto de *realismo del sentido común*. A esta incógnita me gustaría dedicar la conclusión de este escrito, pues considero que, por sus implicaciones epistemológicas, la noción de realidad que maneje un discurso filosófico es determinante para saber qué tan plausible es la argumentación ética en los niveles teórico y práctico-político.

Según lo que se ha expuesto sobre las consideraciones de Putnam respecto de la manera como se aprende a manejar los conceptos y procedimientos metodológicos en los dos casos específicos de la lógica y la matemática, creo que es posible hacerse una imagen de la realidad basada en lo que Putnam llama en otro texto una “segunda ingenuidad”.¹² Esta ingenuidad se puede describir a grandes rasgos como la creencia en que las representaciones y oraciones que hacemos de la realidad pueden tener un acceso más o menos directo a aquello que nuestros sentidos nos dicen que es el “mundo exterior”. Pongo mundo exterior entre comillas porque si se sigue a cabalidad lo que los conceptos *verdad conceptual* y *explicación* quieren decir, el mundo exterior deja de ser simplemente el conjunto de los hechos calificados como *positivos* y pasa a ser una suerte de imbricación entre conceptos, valoraciones y datos empíricos que se expresan de manera comprensible en la multiplicidad de lo que Wittgenstein llamó *juegos de lenguaje*. Esto es, la idea de que el lenguaje no es un cuerpo homogéneo de signos con los que se hace referencia a objetos, relaciones de objetos y estados de ánimo internos, sino que el uso que se haga del lenguaje está dado según el contexto específico en el que se lo emplee, contexto en el que los hablantes tácita o explícitamente aceptan una serie de convenciones que determinan lo que están queriendo decir cuando dicen algo.

De acuerdo con esto, y retomando la idea de una objetividad libre de prejuicios metafísicos, se podría afirmar que, desde la perspectiva del lenguaje como juegos de lenguaje, la objetividad de un discurso se salva por el consenso que hay entre los hablantes al aceptar y seguir los parámetros de comprensión, comunicabilidad, obtención de resultados frente a problemas o incógnitas, etc., que rigen determinado juego de lenguaje; y dado que estos parámetros están libres de presupuestos metafísicos, los hablantes no pueden excluir la posibilidad de que en el transcurso de la conversación en la que se juega un juego de lenguaje, los parámetros que lo rigen dejen de ser adecuados para tratar los “temas” que se están hablando y sea necesario pasar a otro juego de lenguaje que se amolde mejor a los fines establecidos por los hablantes.

¹² Véase: Hilary Putnam, *La Trenza de Tres Cabos. La Mente, el Cuerpo, el Mundo*, Madrid, Siglo XXI, 2001. p. 53, 54

De esta manera, Putnam puede afirmar que para el caso de la ética se puede salvar la objetividad si se hace un concienzudo rechazo de los presupuestos metafísicos que se han afianzado en el pensamiento filosófico occidental desde el siglo XVII y que han llevado a que en la filosofía de la ciencia y en la ética se acepte la existencia de “entidades no–naturales” que aseguren el valor objetivo de los enunciados, afirmaciones, valorizaciones y proposiciones que hacemos sobre la realidad en la que estamos inmersos y de la que hacemos parte.

La objetividad de la ética se salvaría entonces por la ingenuidad de creer que uno, al ver el sufrimiento de otro ser humano, emitir un juicio al respecto y encaminar una acción que busque remediar este sufrimiento, se está refiriendo de hecho al sufrimiento de esa persona y no a un estado emocional subjetivo que yo mismo estoy experimentando ni a una entidad metafísica llamada “sufrimiento”. Si se cree esto se puede hacer una exigencia universal, esto es, que el sufrimiento de esa persona debe ser aliviado de un modo que no implique el sufrimiento de otros, porque el juicio cuenta con un bagaje conceptual y una serie de experiencias prácticas que indican que todo ser humano debe tener los medios para buscar su propia felicidad como individuo y en comunidad. De esta forma cualquiera que comparta y acepte las condiciones sobre las que, por ejemplo, he emitido el juicio valorativo “es injusto que los niños que habitan en los barrios marginales de Bogotá se alimenten de agua de panela con papel periódico” no podrá replicarme que lo que digo no tiene sentido, valor objetivo o que sea falso.

Bibliografía

- Putnam, Hilary, *Ethics without Ontology*, Cambridge, Harvard University Press, 2004.
- _____, *El desplome de la dicotomía hecho–valor y otros ensayos*, Barcelona, Paidós, 2004.
- _____, *La trenza de tres cabos. La mente, el cuerpo, el mundo*, Madrid, Siglo XXI, 2001.